
AXIOCO.

ARGUMENTO.

La vida no es más que un viaje; y es natural, y hasta necesario, que tenga un término. Este término es la muerte, y no hay motivo para temerla. Morir es hacerse insensible, es decir, incapaz de sufrir; y entónces ¿cómo la muerte puede ser un mal? El mal es la vida. ¿Cuál es la edad que no tiene sus dolores? ¿Qué oficio, qué arte, qué función deja de dar lugar á disgustos, percances y desesperaciones? La muerte es una redención. Por otra parte, nosotros no morimos por entero; se disuelve el cuerpo, pero el alma subsiste inmortal. Es incontestablemente inmortal esta alma que juega con el espacio, que pelea con las olas, que construye ciudades, que funda Estados, y que se lanza hasta el firmamento para descubrir las leyes del universo. Despues de una vida ocupada en hacer el bien, es recompensada segun su mérito. De manera que el hombre honrado que muere se parece al atleta que, despues de recorrido el estadio, recibe el premio.

Estas son verdades no del todo originales, y están encadenadas con poco rigor, pero se presentan en este diá-

logo formando una especie de cuadro dramático. La conversacion pasa entre Sócrates y Axioco, moribundo. Una recitacion mítica, que á decir verdad, no es más que un ligero boceto, cierra el diálogo. Esto recuerda, aunque imperfectamente, el estilo de Platon. El *Axioco* es á los verdaderos diálogos lo que es el murmullo á una voz poderosa y sonora.

AXIOCO.

SÓCRATES.—CLINIAS.—AXIOCO.

Habia salido para ir al Cinosargo (1) y estaba ya cerca del Iliso (2), cuando oí una voz que gritaba: ¡Sócrates, Sócrates! Me volví para mirar en torno mio y saber quién me llamaba, y entónces ví á Clinias, hijo de Axio-co, que corria hácia Caliroe (3) con Damor el músico, y Carmides (4), hijo de Glaucon. El uno era su maestro de música, y el otro uno de sus compañeros y á la vez su amante y su predilecto. Abandonando yo el rumbo que llevaba, creí que debia salirles al encuentro, para reunirme á ellos lo más pronto posible. Entónces, Clinias, deramando lágrimas, me dijo:

—Sócrates, ahora tienes ocasión de dar pruebas de esa sabiduría que publica de tí la fama. Mi padre ha sido atacado de repente de un mal que le imposibilita de moverse, y está tocando su última hora. Se desespera al ver que va á concluir su vida, por más que ántes de ahora

(1) Era á la vez un gimnasio consagrado á Hércules y el cuartel de la ciudad donde se hallaba el gimnasio.

(2) Rio del Ática, de que se ha hecho mencion muchas veces en los diálogos, particularmente en el *Fedro*.

(3) Fuente del Ática, no léjos del Iliso.

(4) Véase el diálogo de este nombre.

se haya burlado y hasta puesto en ridículo á los que tienen miedo á la muerte. Ven para que le veas; exhórtale como tienes de costumbre, para que se someta con resignacion á la necesidad de morir, y que de esta manera le dé yo, despues de tantas otras, esta nueva prueba de mi cariño filial.

—Ciertamente, mi querido Clinias, jamás me encontrarás sordo á una peticion razonable, y ménos aún cuando imploras de mí el cumplimiento de un deber tan sagrado. Corramos, pues, porque, si es cierto lo que dices, será poco cuanto nos apresuremos.

—Sócrates, sólo con verte sentirá alivio. Ya le ha sucedido muchas veces restablecerse con sólo una entrevista semejante.

Marchamos precipitadamente á lo largo de las murallas hasta las puertas Itonienses, porque Axioco vivia cerca de estas puertas próximo á la columna de las Amazonas. A nuestra llegada habia recobrado ya el uso del tacto y una parte de las fuerzas corporales, pero su alma aún estaba llena de debilidad, y se notaba la necesidad que tenia de ser sostenida y animada. A cada instante se movia, suspiraba, derramaba lágrimas, y se frotaba las manos. A la vista de este cuadro: ¡Ah! ¿qué quiere decir esto, Axioco? exclamé yo. ¿Dónde están aquel altivo continente, aquellos elogios perpétuos de la virtud, aquel valor tan pronunciado de que hacias alarde? Semejante al atleta cobarde, que no tiene valor más que para hacer vanas ostentaciones en los gimnasios, tú retrocedes en la hora del peligro. ¿Ignoras la ley de la naturaleza? Habiendo llegado á esta edad, provisto de estos conocimientos, y lo que es más y que bastaria por sí solo, siendo hijo de Atenas, ¿ignoras lo que todo el mundo sabe y repite, esto es, que la vida es un viaje, y que despues de haberle hecho como es debido, es preciso someterse á la necesidad de buena voluntad, ya que no sea con cantos de triunfo?

Desesperarse, agarrarse á la vida como un niño á su juguete, ¿es esta conducta digna de un hombre y de la razon que debe gobernarle?

AXIOCO.

Es cierto, Sócrates; todo lo que dices me parece perfectamente justo. Pero no sé de dónde nace, que esos generosos y sublimes pensamientos en este instante terrible se desvanecen en el olvido y no me causan la menor impresion. Bajo mil formas, que todas me aterran igualmente, no me queda más que el temor de perder esta luz que me ilumina, todos estos bienes que me arrastran, y de verme yaciendo bajo tierra, informe, insensible, y presa de la putrefaccion y de inmundos gusanos.

SÓCRATES.

Eso consiste, mi querido Axioco, en que, contra todo buen sentido y contra toda razon, unes la sensibilidad á la insensibilidad, poniéndote así en contradiccion contigo mismo en tus acciones y en tus palabras. No reflexionas que gimes pensando en tu futura insensibilidad, y á la par te lamentas de que vas á entrar en disolucion y á verte privado en adelante de los placeres de la vida, como si una vez muerto debieses vivir aún y no caer en esa misma insensibilidad completa que precedió á tu nacimiento. Bajo la administracion de Dracon y de Clistenes tú no sufrias ningun mal, porque no habias comenzado á existir; lo mismo será despues de tu muerte, porque habrás cesado de existir. Aleja, por lo tanto, de tu espíritu esas necias ideas, y considera que una vez rota la unidad de la naturaleza humana y vuelta el alma á la estancia propia de ella, este cuerpo que queda, este cuerpo de tierra, incapaz de pensar, no es ya el hombre. Lo que nos constituye es el alma, principio inmortal, que está encadenado en una prision perecedera. En cuanto á esta envoltura, la naturaleza nos ha condenado á vivir dentro de ella para nuestra desgracia; los placeres que ella nos pro-

cura son superficiales, fugitivos, mezclados de mil penas; los dolores que nos causa son profundos, durables y sin placeres que les compensen. Las enfermedades é inflamaciones de los órganos con los males interiores atormentan necesariamente al alma que está derramada por todos los órganos del cuerpo; ella echa de ménos este éter celeste, que es de su misma naturaleza, y se lanza en pos de él sedienta de la vida superior y de los coros celestes. De tal manera, que salir de esta vida es pasar de un mal á un bien.

AXIOCO.

Pero, Sócrates, ¿si crees que la vida es un mal, por qué permaneces en ella? Sobre todo tú, un sabio, cuya inteligencia está tan por encima de la mayor parte de los hombres.

SÓCRATES.

Axioco, estás en un error; yo no merezco ese elogio. Te imaginas, como los más de los atenienses, que porque busco la verdad, la conozco y la poseo. Yo me creeria muy dichoso si supiera las cosas que sabe todo el mundo: tan distante estoy de la sabiduría. Aquí no soy más que el eco de las palabras del sabio Prodicó, á quien pagué una vez medio dracma, otra vez dos dracmas y otra cuatro, porque un hombre como él nada enseña gratuitamente. Su costumbre es repetir sin cesar estas palabras de Epicarno: «una mano lava la otra; da y recibirás.» Estos dias últimos, en casa de Calias, hijo de Hipónico, donde se daba una representacion, habló tan perfectamente contra la vida, que estuve yo á punto de concluir con la mia, y desde aquel momento, Axioco, mi alma sólo aspira á morir.

AXIOCO.

¿Pues qué dijo?

SÓCRATES.

Voy á repetirte lo que he podido conservar en la me-

moria. ¿Qué edad, dijo, está exenta de males? Apenas el recién nacido ha abierto los ojos, cuando ya derrama lágrimas, y comienza á vivir sufriendo. No hay desgracia que no venga sobre él, el hambre, el frío, el calor, las caídas; y si no puede expresar lo que experimenta, prorrumpe en gritos, único modo de dar á conocer su mal-estar. Después de penosas pruebas llega á su sétimo año, y los pedagogos, los gramáticos, los maestros de ejercicios le tiranizan. Más tarde, los críticos, los geómetras, los tácticos vienen á aumentar el crecido número de sus déspotas. Cuando se inscribe entre los adolescentes, edad en que la coacción es más insoportable aún, viene el cosmeto (1), el Liceo (2), la Academia (3), los maestros de gimnasia, los azotes y males innumerables. Todo el tiempo de la juventud se pasa bajo la tutela de los preceptores y bajo la vigilancia del Areópago (4). Apenas se sale de estas incomodidades materiales, cuando se entra en cuidados de otro orden. Luego hay que elegir el género de vida que debe seguirse, y los disgustos que sobrevienen hacen que se miren los que hemos referido hasta aquí como juegos y espantajos de niños. Entran las campañas, las heridas, los combates sin fin. En seguida, aunque con sordo paso, llega la ancianidad, en la que se presentan todas las debilidades, todas las miserias de nuestra naturaleza. Y si no os apurais á pagar vuestra deuda, entregando la vida, la naturaleza, como una usurera, toma en prenda al uno la vista, al otro el oído, y en

(1) Magistrado encargado en Atenas de vigilar las costumbres de los jóvenes.

(2) Es claro que no se trata aquí de la escuela de Aristóteles.

(3) Tampoco se trata de la escuela de Platon. Probablemente ántes de Platon y Aristóteles se enseñaba ya en la Academia y en el Liceo.

(4) El Areópago, entre otras funciones, tenia la alta inspeccion de la educacion de la juventud.

ocasiones ambas cosas á la vez. Si intentais manteneros firme, os paraliza, os estropea, os quita el uso de los miembros. Y si los hay que llegan á una extrema ancianidad, vienen como á volverse niños en cuanto al espíritu.

Por esta razon los dioses, que no ignoran las miserias de la humanidad, no prolongan la vida de aquellos que protegen. Agamedes y Trofonio, despues de haber construido un templo á Apolo Pitio, le pidieron el mayor bien posible; ambos se durmieron, y no despertaron jamás. Habiéndose los hijos de la sacerdotisa de Argos uncido al carro de su madre y conducídola al templo, suplicó la sacerdotisa á Juno que les recompensara por su piedad; á consecuencia de esta súplica, aquella noche murieron.

Seria tarea larga pasar revista á los versos de los poetas que, abrazando el curso de la vida, deploran en sus cantos divinos las desgracias que la afligen. Citaré uno solo, el más célebre. Dice:

Porque los dioses han decretado que los desgraciados mortales

Vivan en el dolor (1).

Y:

*No; jamás existió un ser más miserable que el hombre,
Entre los que respiran ó se arrastran por el suelo (2).*

Y con motivo de Anfiarao, ¿qué dice?

*Aquel á quien Júpiter ama y Apolo armado de la
egida*

Cobija, no llega á los umbrales de la ancianidad (3).

(1) Homero, *Iliada*, XXVI, 525.

(2) Homero, *Iliada*, XVII, 446-447.

(3) Homero, *Iliada*, XV, 245-246.

Y el poeta que nos recomienda que:

Compadezcamos al recién nacido por los males en que va á entrar (1).

¿Qué quiere decir esto? Pero basta, no te citaré otros. Te lo he prometido, y no quiero molestarte con digresiones. ¿Conoces un solo hombre que esté contento y no se queje de la ocupación ú oficio que ha escogido? Vamos en busca de los operarios y herreros, que trabajan día y noche para procurarse apenas las cosas más necesarias; ¿no se desatan en quejas, no llenan sus vigiliass con gemidos y lágrimas? Interrogaremos al marino, que arrostra tantos peligros, y que, según la expresión de Bias, no está ni en el rango de los muertos, ni en el rango de los vivos? Porque el hombre, nacido para vivir en tierra, se entrega él mismo á las olas, como un verdadero anfibio, abandonándose á los caprichos de la fortuna. ¿Pero la agricultura es una dulce ocupación? Sin duda; pero, como suele decirse, todas las cosas tienen un lado que nos molesta. ¿Y no encontramos por todas partes ocasiones para tener disgustos? ¿Hay cosa de que no nos quejemos? De la sequía, de la lluvia, de la quemazón, del tizon, de las variaciones inoportunas de la temperatura, de todo nos quejamos. La política, que tan alta se suele poner, y para no hablar de otras muchas carreras, de qué peligros no está rodeada? Tiene goces que embriagan, como los accesos de la fiebre; pero sus reveses son crueles y peores que mil muertes. ¿Qué felicidad se puede encontrar en una vida consagrada á la multitud, viéndose sucesivamente silbado, aplaudido, llevado acá y allá como un juguete, escarnecido, castigado, condenado á muerte, sentido y llorado después? Respóndeme, Axioco, tú, hombre de Es-

(1) Eurípides, en *Cresfante*, pieza de que sólo se conservan fragmentos.

tado, ¿dónde murió Milciades? ¿dónde Temístocles? ¿dónde Efiltes? ¿y dónde poco há los diez generales? Yo me negué á recoger los votos, porque no me parecia conveniente asociarme á un populacho furioso; pero al dia siguiente Teramenes y Callixeno encontraron medio de seducir á los presidentes de la asamblea, y los hicieron condenar á muerte sin juicio. Sólo tú y Euriptolemo fuisteis los que tomasteis su defensa entre treinta mil hombres que habia reunidos en la plaza pública.

AXIOCO.

Es cierto, Sócrates, y yo desde aquel dia no he vuelto á la tribuna, y nada me parece más penoso que la política. Esto es evidente para todos los que toman parte en los negocios. Tú hablas como hombre que ve las cosas de léjos; pero nosotros tenemos un conocimiento más preciso; nosotros los que lo sabemos por la experiencia. El pueblo, mi querido Sócrates, es un sér ingrato, voluble, cruel, envidioso, incorregible, y en fin, lo que debe ser una multitud compuesta á la ventura de hombres violentos y charlatanes. Consagrarse á sus intereses es condenarse á la desgracia.

SÓCRATES.

Y bien, mi querido Axioco, si la más liberal de las artes te parece que merece tan poco que se corra tras ella, ¿qué deberemos pensar de las otras ocupaciones de los hombres? ¿No es preciso huir de ellas?

Oí decir un dia á Prodicó, que la muerte no existe ni para los muertos ni para los vivos.

AXIOCO.

¿Qué quiere decir eso, Sócrates?

SÓCRATES.

Que respecto de los vivos es ella la que no existe; y que respecto de los muertos son ellos los que no existen. Y así no existe para tí ahora, puesto que no estás muerto; y si te mueres, no existiria para tí, puesto que ya no existirás.

Es, pues, por un terror imaginario que Axioco se queja de un mal que no existe ni existirá nunca para él. Es como si tuviese miedo á un centauro ó á Scila que no existen ahora, ni existirán tampoco despues de la muerte. Lo que es temible lo es para los que existen; ¿cómo lo ha de ser á los que no existen?

AXIOCO.

Ese charlatanismo á la moda es el que te inspira estas bellas máximas, y de aquí proceden todos esos vanos y magníficos discursos con que se alucina á la juventud. Pero lo que á mí me desespera es la privacion de los bienes de la vida, y tienes que esforzarte para que lleguen á mis oidos razones más convincentes que las dichas hasta ahora, mi querido Sócrates. Mi espíritu no se deja llevar ni seducir por el encanto de tus palabras, que no han pasado de la superficie, sin penetrar dentro; bajo la pompa y brillantéz de las palabras, busca la verdad y no la encuentra. El que sufre no puede recibir alivio con sofismas; y su único remedio estriba en las cosas que penetran hasta el fondo del alma.

SÓCRATES.

Eso nace, mi querido Axioco, que unes cosas contradictorias; que añades á la privacion del bien el sentimiento del mal, sin calcular que has muerto. Lo que aflige al que está privado de un bien es el mal que en su lugar experimenta; pero el que no existe, ya no puede sentir ninguna privacion. Cuando no se tiene el sentimiento de la afliccion, ¿qué medio hay de afligirse? Si desde el principio, mi querido Axioco, no hubieras por inadvertencia supuesto una especie de sensibilidad allí donde no puede existir, no te sentirias tan aterrado con la idea de la muerte.

Pero hé aquí que ahora eres juguete de un nuevo error. Temes verte privado del alma, y atribuyes un alma á la privacion; tienes miedo de ser insensible, y te imagi-

nas una sensibilidad que te dé cuenta de tu insensibilidad. Sin embargo, ¡cuán magníficas razones son las que justifican la inmortalidad del alma! ¿Una naturaleza mortal hubiera podido aspirar jamás á tan nobles y generosas acciones, como despreciar el furor de las bestias salvajes, atravesar los mares, construir ciudades, instituir gobiernos, levantar al cielo sus miradas y contemplar allí en esos espacios inmensos las revoluciones de los astros, el curso del sol y de la luna, la salida y la puesta de los mismos, sus eclipses y sus reapariciones, las equinoccios y los dos trópicos, las pléyadas de invierno y de verano, los vientos, las lluvias que se precipitan, y los relámpagos del rayo en los aires? ¿Hubiera podido determinar jamás para el porvenir los sucesos del universo, si no existiera en su alma un soplo verdaderamente divino, que le permite concebir y conocer todas estas maravillas? De tal manera, que no es á la muerte hácia la que, ¡oh Axiocol caminas, sino hácia la inmortalidad, y lo que te espera no es una privacion, sino un goce más puro de felicidad. Tus placeres entónces no tendrán que hacer con este cuerpo mortal, ni dolor ninguno los turbará más, alterándolos. Llegarás á esa nueva estancia libre de todo lo que te embarazaba en esta prision. Allí no habrá más penas, no habrá quejas, no habrá ancianidad, y una vida dulce, exenta de todos los males, pasará en medio de la paz y del reposo, ocupada en contemplar la naturaleza, y en filosofar, no para la multitud y para el teatro, sino á la luz de la eterna verdad.

AXIOCO.

Me rindo á tus razones, y me siento del todo transformado. No temo ya la muerte, y para imitar á mi vez la énfasis de los retóricos, la deseo. Héme aquí ya en medio de las esferas recorriendo la eterna y divina carrera, despojado de mi debilidad y convertido en un hombre nuevo.

SÓCRATES.

Si quieres, te referiré la historia que me ha contado el mago Gobries. Si le hemos de dar crédito, cuando la expedición de Jerjes, su abuelo, que se llamaba como él, fué enviado á Delos para guardar esta isla, en la que habian nacido las dos divinidades (1), y allí leyó en ciertas tablas de bronce, que habian sido llevadas por Opis y He-caerjes y que procedian de los Hiperbóreos, que despues de su separacion del cuerpo, el alma se traslada á un lugar tenebroso, á una estancia subterránea, donde está el reino de Pluton, no ménos vasto que el imperio de Júpiter, porque ocupando la tierra el centro del mundo y siendo éste esférico, los dioses celestes habitan uno de los hemisferios, los dioses infernales el otro, siendo aquellos hermanos y éstos hijos de hermanos. A la entrada del camino que conduce á la estancia de Pluton, el vestíbulo está sólidamente cerrado con puertas y cerraduras de hierro. Abiertas estas puertas se ve el rio Aqueronte y más léjos el Cocito, habiendo precision de pasarlos ambos para llegar á donde están Minos y Radamanto, lugar que se llama el campo de la verdad. Allí están sentados los jueces, que examinan, respecto cada uno de los que llegan, cuál ha sido su vida y cuáles sus ocupaciones cuando habitaban un cuerpo. Mentir allí es imposible. Los que fueron inspirados por un buen demonio mientras vivieron, van á la estancia de los hombres piadosos. Allí crecen y maduran los frutos de todas clases; allí corren arroyos de agua pura; allí sonrien prados esmaltados de mil flores; allí hay conversaciones para los filósofos, teatros para los poetas, coros de danza, conciertos, comidas deliciosas, festines que previenen el apetito y el deseo, una vida, en fin, que no marchita la pena y que encanta el placer. El calor y los frios excesivos no molestan, y

(1) Apolo y Latona.

reina un aire puro que circula por todas partes, templado por los dulces rayos del sol. En estos preciosos lugares la presidencia pertenece á los iniciados, y ellos son los que llevan á cabo las ceremonias sagradas. ¿Y cómo no has de ser tú el primero á gozar de esta felicidad, tú que eres el aliado (1) de los dioses? Si ha de creerse la tradicion, allí fué donde Hércules y Baco, despues que hubieron descendido á los infiernos, fueron iniciados, y la sacerdotisa de Eleusis fué la que les inspiró la idea atrevida de emprender este viaje. En cuanto á aquellos, cuya vida es una serie de acciones culpables, son arrastrados por las Furias al negro Erebo y al Caos, al través del Tártaro, estancia de los impíos, donde las Danaides sacan sin cesar un agua que huye siempre, donde Tántalo es devorado por la sed, donde Titio tiene las entrañas despedazadas, y donde Sísifo hace rodar en vano su roca, sin encontrar jamás término á su trabajo. Allí es donde los malos, lamidos por las serpientes, quemados sin cesar por las antorchas de las Penas, acribillados de heridas, son atormentados con eternos castigos.

Esta es la historia de Gobries, y á tí te toca juzgarla, mi querido Axioco. Por mi parte, si mi razon no me permite creerlo, por lo ménos estoy perfectamente seguro de que el alma es inmortal, y que al salir de este mundo entra en otro donde no conoce lo que son penas. De suerte que sea en los infiernos, sea en el cielo, no puedes dejar de ser dichoso, Axioco, por poco virtuoso que hayas sido.

AXIOCO.

No me atrevo á hablar más, Sócrates. Estoy ya muy distante de temer la muerte; ántes, por el contrario, la

(1) Γεννητῆ: Aristóteles dice que el pueblo ateniense, compuesto de agricultores y obreros, estaba dividido en cuatro tribus, cada tribu en tres partes, llamadas fratrias, y cada fratria en treinta γένη. Cada γένος comprendia treinta hombres, cada uno de los cuales era llamado γεννητῆς.

llamo con el más vivo deseo. Estas últimas consideraciones, así como las que me habias hecho ya sobre el cielo, me han convencido plenamente, y sólo desprecio me inspira la vida, puesto que voy á dejarla para ir á una mejor estancia. Ahora voy á repasar solo en mi interior tus palabras. Sócrates, vuelve á verme al medio dia.

SÓCRATES.

Haré lo que desees; ahora voy á volver al Cinosargo, á donde dirigia mi paseo cuando me llamaron para venir aquí.

FIN DEL AXIOCO.